

Ventanas artificiales

Los nuevos espacios de la reclusión

Mabel Piccini*

A la memoria de Graciela Rahman

1. ¿Qué es el el encierro?

"Una institución total –escribe Goffman– puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente."¹ Goffman, como se sabe, se ha interesado particularmente por estudiar las modalidades de interacción social propias de ciertos establecimientos que, mediante disciplinas, normas y determinadas tecnologías, instituyen el encierro como forma de vida de un conjunto considerable de individuos. Entre estas instituciones distingue a los hospitales psiquiátricos, las cárceles, los hogares de ancianos o de huérfanos, los cuarteles y los barcos, los campos de concentración, pero también las abadías y los monasterios. El registro de estos sitios o establecimientos es amplio y su latitud expresa claramente las diferencias significativas existentes entre unos y otros. Sin embargo, hay líneas de convergencia y formas comunes de administración que permiten aproximar las diversas experiencias de lo que Goffman denomina, genéricamente, "híbridos sociales": en parte comunidad de residencia y en parte organización formal.² Básicamente, y en una síntesis apresurada, son lugares de reclusión en donde se opera la transformación de las personas y de la subjetividad. "El hecho clave de las instituciones

* Profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco.

¹ Erving Goffman, "Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales", *Internados*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1972, p.13.

² *Ibidem*, p. 25.

totales consiste en el manejo de muchas necesidades humanas mediante la organización burocrática de conglomerados humanos, indivisibles –sea o no un medio necesario o efectivo de organización social, en las circunstancias dadas–.”³

La alusión a estos "tipos ideales" de reclusión, como la etno-metodología los ha sistematizado, me sugiere diversas reflexiones, que si bien se alejan en algunos puntos de la idea de las instituciones totales, guardan cierta relación con sus estructuras básicas y, en particular, con la estructura del encierro en las sociedades contemporáneas. Dicho esto, quiero situarme y pensar de nueva cuenta en las instituciones convencionalmente entendidas como instituciones *abiertas*. Quiero situarme, para ser más precisa, en el pasaje que va desde el encierro como plan racional formalmente institucionalizado, hasta diferentes modalidades del autoencierro, que comienzan a diseñarse con alguna persistencia en nuestros tiempos. El universo en el que me ubico, no presenta fronteras infranqueables ni encarcelamientos, no impone ejercicios de purificación ritual ni de aprendizaje de la obediencia, pero sin embargo y de otra manera, contiene o recubre estos aspectos. Se trata de sistemas más flexibles que, por lo regular, no dicen su nombre, ni planifican rutinas de mortificación, reducción, ni vigilancia de los individuos, que no ejercen una administración rigurosa sobre los cuerpos, los deberes y las obligaciones de las personas, aunque también de cierta manera, codifican o diagraman las rutinas de la vida diaria, la interacción de los individuos y el uso del espacio y el tiempo. Esto es, el uso de la vida y también de lo deseable, en términos de la vida de todos los días.

Mi hipótesis, pues, arranca de otro centro, aunque quiero conservar algunas simetrías con respecto a las propuestas de Goffman como intentaré plantearlo en estas páginas. El punto de partida es diferente, pero toma en cuenta un hecho (o la convergencia de múltiples hechos) que cambia la fisonomía de nuestras comunidades al fin del milenio: la proliferación indeterminada de redes electrónicas que trazan nuevos paisajes culturales en las sociedades contemporáneas. Vivimos lo que algunos han llamado el advenimiento de las sociedades de la comunicación generalizada, otros, la fase de mediatización de las relaciones sociales en las democracias audiovisuales y, los más audaces, el éxtasis de la comunicación.

³ *Ibidem.* p.20

Sin entrar a juzgar estas designaciones, tiendo a creer que los modernos trazados audiovisuales contribuyen a fortalecer los nuevos estilos del individualismo, un individualismo ya muy lejano de las propuestas liberales del siglo XVIII pero que, de todos modos, puede definirse en una primera aproximación, como el replicue hacia la vida privada junto con un cierto distanciamiento de la esfera pública. Este declive es lo que algunos han designado como la aparición de la sociedad de los espectadores y que, en muchos casos, se metamorfosea en una celebración al consumo. "Las mercancías sirven para pensar", escriben Mary Douglas y Baron Isherwood. Este enunciado, a todas luces provocador, es consecuencia de una de las hipótesis del trabajo conjunto de la antropóloga y el economista: el principal problema de la vida social, afirman, consiste en inmovilizar los significados de modo de establecer los mínimos –pero imprescindibles– acuerdos entre los grupos de una comunidad. De allí la importancia del ritual y, en particular, de los rituales del consumo. "Los rituales más eficaces utilizan objetos materiales, y cuanto más costosos sean los instrumentos rituales, más persistente tendrá que ser nuestra intención de fijar los significados. En esta perspectiva, los bienes son accesorios rituales; el consumo es un proceso ritual cuya función primaria consiste en darle sentido al rudimentario flujo de los acontecimientos."⁴

El crecimiento, en las ciudades modernas, de lo que años atrás David Riesman llamaba "las mayorías silenciosas", coincide de alguna manera con esta gradual aparición de la sociedad de los consumidores y, en su máxima latitud, de los rituales del consumo y de los espectadores. La reivindicación de lo cotidiano como espacio de celebración privada y de culto a la privacidad coincide, a su vez, con los trazados electrónicos y las redes audiovisuales que dibujan, de nueva cuenta, los paisajes interiores de conexión con el mundo. Interior y exterior, como indicación de espacio y modos de empleo del espacio, empiezan a convertirse, gradualmente, en hechos circunstanciales. Finalmente, en este reflujo de los movimientos, lo que se amplía como soporte del individualismo y la intimidad es el ámbito familiar, cualquiera sea la modalidad que esta institución asuma en nuestros días. Sin duda, la familia no es, en sentido riguroso, una institución total (al menos como la define

⁴ Mary Douglas y Baron Isherwood, *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. Editorial Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1990, p.80

Goffman), ni tampoco el lugar de encierro administrado, que es signo característico de estos establecimientos. Pero no es aventurado señalar que la familia (intensa o extensa, sino ambas, según los casos y las comunidades) representa, en la actualidad, un espacio de repliegue en medio de la soledad de las grandes ciudades.

Para retomar, transformándola, la definición de Goffman, la familia, reducto final de las topografías electrónicas de fin de siglo, podría caracterizarse, efectivamente, como un lugar de residencia y trabajo, donde una gran número de individuos en igual situación (aunque en espacios separados), pueden aislarse momentáneamente de la sociedad por un período apreciable de tiempo, compartiendo en su encierro parcial una rutina diaria, administrada, por lo menos en lo que concierne al tiempo libre, por redes suaves e ingravidas —no constrictivas ni próximas a la mortificación— pero igualmente eficaces en el cumplimiento de sus objetivos.

Las nuevas formas del individualismo, el retorno a la protección de la vida privada, parecen ser algunos de las tendencias dominantes de la moral de fin de siglo. Se juntan en ese punto innumerables factores, entre otros, las estrategias de recesión en todos los ámbitos, no sólo el económico, sino también el político y su cauda de decepciones y fracasos, la desmovilización generalizada de los grupos ante las estrategias centralizadoras que han redistribuido la injusticia y la marginalidad en diversos sitios del planeta, la incertidumbre acerca del futuro que la historia concreta se ha encargado de ensombrear y la disgregación paulatina, a partir de las fórmulas neoliberales de transnacionalización de capitales y culturas, de los lazos sociales.

La privatización de las costumbres que tiende a la configuración de una sociedad íntima, el regreso a lo cotidiano como fuente de seguridad ante las amenazas de un mundo hostil, la exaltación del individuo como nueva faceta del narcisismo,⁵ diseñan las modernas topografías de lo que Sennett ha calificado como la aparición de la *familia intensa* y el mito de la identidad purificada.⁶ Una especie de reserva de energías del grupo celular retraído sobre sí y alejado de la *res pública* en el sentido más amplio. Parecería que la comunidad,

⁵ Christopher Lasch, *The culture of narcissism. (American life in an age of diminishing expectations)* Warner Books, Nueva York, 1979.

⁶ El tema es tratado por: Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal*. Editorial Península, Barcelona, 1975. Del mismo autor puede consultarse también: *El declive del hombre público*. Editorial Península, Barcelona, 1978.

en el sentido que la tradición sociológica dio a este noción (un grupo social constituido por miembros que creen compartir algo), cede paso a una suerte de pequeñas, microscópicas, comunidades de encierro privado y familiar.

Por ahora quisiera señalar, a grandes rasgos, este declive que, como trataré de describirlo en una de sus escenas, marca el pasaje en las sociedades contemporáneas de la acción a la contemplación, del tiempo de trabajo al uso del tiempo libre, de las rutinas de la producción a las rutinas del consumo, de la esfera pública al retraimiento en la esfera privada, de la comunicación interpersonal a la comunicación a distancia.

2. Las máquinas de visión: ¿una nueva visión del mundo?

Todo parece indicar, que las transformaciones culturales de nuestra época y, en particular, las que propician los dispositivos audiovisuales y las máquinas de comunicar a distancia, definen nuevas configuraciones en el uso del tiempo libre y hasta del tiempo de trabajo. Instituyen nuevos sistemas de reclusión en la intimidad y otros vínculos en los ámbitos de la vida familiar. Estas redes, que operan una suerte de descentralización de la esfera pública, permiten verificar renovadas modalidades de encierro en las sociedades contemporáneas. El encierro, en este caso, como libertad de encerrarse y de gozar —o al menos de tranquilizarse— con el placer que este encierro procura. *Es el universo de la comunicación a distancia y de las culturas portátiles*, el sometimiento, por consenso y acuerdo, del sujeto que encuentra nuevos puntos sensibles de identificación y de acción comunicativa en la programación flexible de las culturas de la imagen.

Está en marcha una transmutación de los órdenes culturales. El avance de las tecnologías de la visión, prefiguran o pretenden prefigurar las condiciones de una sociedad transparente (*todo es visible*), y los mensajes se superponen con la intención probablemente efímera pero perseverante de registrar la actualidad —lo real tal cual es (o tal cual simula ser). Se trata ahora, de la escenificación incesante de lo real, es decir, en términos actuales, de lo *real visible* y de aquello que es su correlato: usurpar el lugar del referente, estar y hablar desde el lugar de los hechos, *ser los hechos*

mismos. La nueva ortodoxia cultural destituye la idea de *representación*. Por mediación de las pantallas o de las máquinas de visión, asistimos en la actualidad a la *presentación pública* del mundo (*presente-presencia-presentación*) que se manifiesta en una visibilidad pletórica y en una vocación tenaz por la transparencia. Por ello, las pantallas se convierten en *ventanas artificiales*, según la feliz expresión de Paul Virilio, a través de las cuales desfila la actualidad, el presente en estado puro, lo real tal como se entrega a la mirada, a la contemplación. Pero ésta es una *realidad* doméstica, domesticada, desmaterializada en una presencia/ausencia que antes que nada es luz. Intocable, intangible, "lo real", sin embargo persevera en las pantallas. El "efecto de realidad" exime de la presencia –y también de la acción directa– pero todos presencian los hechos, las guerras o los espectáculos desde el confortable espacio de la casa.

Esta abolición del espacio y, por consiguiente, de las distancias y el movimiento es lo que Baudrillard describe como la satelización de lo real: la conversión del departamento y el espacio cotidiano en una especie de módulo espacial con múltiples comandos, a partir de los cuales los individuos ya no son actores o dramaturgos, sino una terminal de múltiples redes. Estamos ante "la suave superficie operativa de la comunicación" con un *centro* –una pantalla y una red– que *descentra* las operaciones cotidianas tradicionales. "Con la imagen televisiva, ya que la televisión es el objeto definitivo y perfecto en esta nueva era, nuestro propio cuerpo y todo el universo circundante, se convierten en una pantalla de control."⁷

Se trataría, si lo vemos desde otro enfoque, de un *panóptico* al revés.⁸ No se necesita de un dispositivo arquitectónico para controlar las conductas; el panóptico es el mismo sujeto sometido al circuito tecnológico que al final se convierte en circuito hipnótico de la pantalla y del placer que la imagen le procura. Ya no se trata de ser mirado/vigilado como ocurre en la cárcel y otras instituciones totales. Ahora se trata de mirar y de mirarse, de proyectar y proyectarse en aquello que devuelve una imagen multiplicada de uno y de la realidad.

⁷ Hal Foster, J. Habermas, J. Baudrillard, y otros. "El éxtasis de la comunicación", *La postmodernidad*, Editorial Kairos, Barcelona, 1988.

⁸ A propósito de este tema se puede consultar el conocido texto: Michel Foucault *Vigilar y Castigar*. Editorial Siglo XXI, México, 1980.

En el fondo el mensaje ya no existe, dice Baudrillard, como ya lo había dicho antes McLuhan. El hiperrealismo, la exacerbación de lo real figurado, no consiste sólo en el culto a lo visible y a lo visto, *es también y fundamentalmente el lugar que las tecnologías adjudican a los individuos en los circuitos electrónicos, es la prolongación de estas redes en la esfera privada y la complicidad que reclaman de los usuarios para completar los mecanismos del dispositivo*. Si los medios de comunicación a distancia, como instituciones, si no totales, al menos totalizadoras, son redes de control, lo son precisamente porque requieren de los individuos este auto-control –ese efecto terminal– en el encierro de la privacidad.

Se produce así un desvanecimiento de la esfera pública –la acción concreta con los demás y la comunidad– a la vez que la esfera pública refuerza sus terminales hasta convertirse en presencia y recurso *dentro* de los ámbitos de la intimidad. De este modo, las *ventanas artificiales* son a la vez apertura y cierre al mundo. Por un lado, amplían los paisajes interiores con una apertura "ilimitada" a los acontecimientos más remotos, por el otro, invaden (los poderes centrales, el estado, las instituciones de planificación cultural) el supuesto estado de libertad que lo privado procura, saturando progresivamente con "visiones del mundo" –esta vez en el sentido tradicional, pero también literal– el enclave familiar, sus virtualidades expansivas, sus certezas. (A la vuelta de los tiempos, la consigna feminista, "lo personal es político", adquiere nuevas dimensiones y podríamos agregar que, a la inversa, lo político se convierte en personalidad, en escena y actuación individual.) En todos los casos, esta paulatina abolición de la frontera público /privado tiende a preservar la idea de la libertad individual: de algún modo, es el microclima de la *familia intensa* lo que se exagera con las nuevas tecnologías y el individualismo del circuito íntimo de las redes electrónicas.

No muy lejos de estas proposiciones, Lyotard escribía hace unos años, que el desarrollo de las tecno-ciencias de la informática (memorias, peritajes electrónicos, bancos de datos, pantallas que reproducen imágenes y palabras) inauguran un proceso de desmaterialización de las cosas que altera el conjunto de las relaciones sociales y simbólicas en las sociedades modernas. Este desarrollo tecnológico no sólo modificaría las lógicas y prescripciones que rigen los enunciados del saber y los relatos sobre el mundo, sino

también los vínculos y controles sociales. Las máquinas de comunicar o las máquinas pensantes inauguran, en efecto, un recurso paradójico: "la desaparición de la presencia de los individuos y los objetos", en tanto apelan a prótesis y tejidos "que se extienden al infinito y del que ningún centro posee el control". "Los nuevos lugares de encuentro –augura Lyotard– serán lugares a distancia, no localizables, se acercarán y deslizarán sobre las ondas. Se tratará, de algún modo, de lugares ondulatorios."⁹

¿Es que estamos ante nuevas instituciones de control social –en este caso *redes* institucionales– que emergerían como dispositivos de apoyo a los sistemas judicial, político o psiquiátrico? Como ya es sabido, las instituciones totales, o para decirlo de manera más flexible, las instituciones de control social, engendran tecnologías y técnicas de observación y vigilancia de las conductas, así como saberes especializados que tienden a prefigurar un orden disciplinario, *un orden del orden*, diría Foucault. En este sentido, cabría recordar que el propio Foucault cuando escribía acerca de la fábrica, la escuela, el hospital psiquiátrico o la prisión, llegó a una conclusión, si no sorprendente, al menos significativa: *las instituciones en nuestra época no tienen por finalidad excluir, sino fijar a los individuos*. Tienen la propiedad, antes que nada, de definir la organización temporal y espacial de los sujetos para convertir el tiempo en tiempo de trabajo y el cuerpo en fuerza de trabajo. Son, para decirlo en sus términos, *instituciones de secuestro*.¹⁰ Fijar, arraigar los cuerpos a lugares delimitados, controlables, para convertirlos en fuerza productiva –y yo agregaría en fuerza productiva de estabilidad social–, requiere asimismo del imaginario en el que se elabora la disciplina y la coerción en el plano del placer.

Desde esta perspectiva, las nuevas tecnologías audiovisuales –y en general las culturas de la imagen– cumplen con creces estos requerimientos de las sociedades disciplinarias. La televisión, en particular, instauro el orden de la clausura en los ámbitos domésticos y familiares, y arraiga los cuerpos a los intercambios espaciales y temporales más inmediatos. En segundo lugar, el orden de la clausura electrónica, que es el orden de la privacidad, define y organiza tiempos y espacios de los que en este régimen son inves-

⁹ Pesis Pasternak, "El posmodernismo: conversación con J. F. Lyotard", *La jornada semanal*, México, año 3, no. 139, 17 de mayo 1987.

¹⁰ Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa, Barcelona, 1981, pp. 127 y ss.

tidos de la condición especial de espectadores: tiempos y ritmos de escucha y visión, tiempos de permanencia frente a las pantallas para jóvenes, adultos, mujeres y niños, y configura, en suma, una modalidad de organización del tiempo libre. Se trata, de pronto, de la libertad condicionada (y condicional) de disponer el tiempo privado de la vida privada y el tiempo afectivo e intelectual triangulado, en esta situación, por un dispositivo que se convierte en interlocutor ausente/presente de los individuos y los intereses más inmediatos de una comunidad.

En este trayecto de domesticaciones, cabe agregar que no hay sólo una tendencia observable que propicia el confinamiento y arraigo de los cuerpos ante las pantallas, sino también la sustitución de la vida por la imagen de la vida, la delegación a la imagen de las evidencias que surgen de la experiencia directa. Lo vivido se invierte en otra evidencia, la de lo contemplado, la mirada sustituye a los actos.¹¹

3. Figuras para armar

Diría que las nuevas tecnologías electrónicas configuran dispositivos complejos y establecen múltiples conexiones con la realidad en la que se insertan. Por un lado, las políticas y estrategias culturales, nacionales e internacionales, tienden en la actualidad a establecer nuevos sistemas de comunicación entre gobernantes y gobernados, entre la esfera de la política como *participación* y la *exhibición*, siempre a distancia, de la escena política, entre la *acción* de los protagonistas y la *visión* de los espectadores. ¿Un nuevo espacio público o un nuevo espacio privado?

Los modernos circuitos de comunicación a distancia implican un nuevo contacto con *lo otro* y con *el otro*; las pantallas domésticas que sustituyen la grandiosidad de las pantallas cinematográficas, que las vuelven domesticables, ajustadas a las necesidades inmediatas y hasta a una serie de elecciones personales, representan un nuevo estadio de los vínculos simbólicos. Ahora se trata de extender y de miniaturizar el tráfico de desmaterialización que inauguró el cine como un nuevo mercado industrial, que a diferencia de todos

¹¹ Raymundo Mier, y Mabel Piccini, *El desierto de espejos. Televisión y juventud en México*. Editorial Plaza y Valdés - UAMX, México, 1987.

los demás, no produce materia sino luz. Y, sobre todo, la velocidad de la luz.¹² Baste recordar que las figuras que forman imágenes por su reunión en un conjunto, no son del todo "figurativas": llegan a serlo sólo en una constelación particular que se deshace en provecho de otra. La televisión transmite tres millones de puntos por segundo, de los cuales sólo algunos son retenidos.

Sin embargo, lo que emerge de estas estrategias centrales no es un poder centralizado. Es el conjunto de poderes y de efectos de poder que se manifiestan en los diferentes puntos del dispositivo: representa la aparición y configuración de nuevas disposiciones y disciplinas, de técnicas del hacer, del saber, del sentir, de una pragmática de los lenguajes, de géneros narrativos y de modos de relatar; representa también, una transformación de la escena urbana y de las relaciones interpersonales, nuevas formas de percepción del tiempo y del espacio y, por cierto, una redistribución diferente de los ámbitos de la cotidianeidad.

Por lo tanto, cabría afirmar que lo que está en juego es un estilo y un modo de vida, así como los itinerarios y acciones de los actores sociales, que comprometen casi todas las esferas de la intimidad y sus relaciones con lo público. Lo que también está en juego, son las formas de construcción de las creencias y, no menos importante, *la reinención de los lazos sociales*. En buena medida estas líneas, se podría decir, convergen a través de múltiples vías hacia una especie de filosofía de las certidumbres elementales. Las culturas electrónicas entronizan un *orden terapéutico* que tiene como objetivo, tal vez impensado, reducir la intranquilidad o la incertidumbre de las sociedades contemporáneas. A mi parecer, estas terapias colectivas no responden necesariamente a un lógica verbal o a un esquema de argumentación. Tampoco responden de manera unilineal a las lógicas de las administraciones y los poderes centrales. Se erigen sobre las reglas del *marketing* y el saber que ha producido la publicidad, los sondeos de opinión y otras técnicas de la ingeniería social, acerca de las pulsiones primarias de los públicos, pero sólo en la medida en que estos saberes administran los sueños compartidos por una comunidad.

Creo, en este sentido, que la adhesión o el fervor de los públicos, son hechos globales que se producen alrededor de una

¹² Sobre este tema puede consultarse la obra: Paul Virilio, *Guerre et cinéma I. logistique de la perception*. Cahiers di Cinéma, Editions de l'étoile, París, 1984.

forma, de un continente que contiene –con diferencia de grados– el mismo o parécido mensaje cada vez. La historia actúa menos por la historia misma que por la promesa de una continuidad, de un acertijo o de un enigma del que todos tienen –o creen tener– la clave. Diría, como ya lo sugerí, que antes de considerar géneros o mensajes específicos en los medios –¿qué es una telenovela? ¿qué un noticiero?– lo más importantes son las cadenas significantes o, si se prefiere, el eslabonamiento de sentidos fragmentarios –o de fragmentos de relato– que apenas alcanzan un mínimo de coherencia y de duración, entran en un irreversible proceso de caducidad. Las narraciones fragmentarias de los periódicos, la radio y la televisión, el relato fugaz de la publicidad, ya no remiten a un código explícito –estético o teatral–. En estos discursos se erosionan las marcas de estilo y la singularidad de la obra. Se trata de flujos, de cadenas significantes, que establecen nuevos sistemas de reenvío con los códigos de una cultura. Se trata, en suma, de *intensidades*. Ahora los códigos son, en su mayoría, anónimos. Esta anulación explícita del autor –o del régimen de autoría–, de la marca del nombre que testimonia una responsabilidad sobre lo dicho, parece sintetizar un cierto efecto de poder. No hay un alguien que habla: *la realidad habla*. Lo "actual" se exhibe como si no hubiera mediaciones. De allí es relativamente sencillo imaginar que estas cadenas significantes que significan –como efecto ilusorio– por sí mismas, se conectan de manera inmediata con los propios flujos discursivos o culturales de una sociedad. El recurso de la intertextualidad subraya poderosamente el "efecto de comunicación" y de comunidad.

Por lo tanto, se podría aventurar que existe un isomorfismo entre las rutinas de los espectáculos audiovisuales y las rutinas de la vida cotidiana. El orden del discurso en estas escenas, es el orden de la dispersión y el de una controlada concentración a la vez. Fragmentos, al fin, pero con un sentido; dispersión que ancla sus posibilidades de entender al mundo en códigos del sentido común. Como en las rutinas cotidianas, éste es un universo que está constituido por gestos menores, olvidables; por residuos de saberes y, a la vez, por movimientos automatizados y eficaces.

Como ya lo sugerí, el ejercicio de este poder disciplinario que actúa sobre el orden de la cotidianidad y sus certidumbres y rutinas primarias, no tiene un centro; es un poder descentralizado cuya eficacia radica precisamente en la dispersión de sus líneas de fuerza.

Radica en las propias características técnicas del dispositivo, en la implantación de terminales domésticas, en la satelitización del hábitat, y en los modos de empleo que prefigura en los usuarios; radica en la nueva calidad y cualidad de las imágenes, en su condición efímera, en la velocidad de la luz, y en el ritmo de captación de lo real; radica más en el *continuum* del imaginario que desata que en un mensaje aislado o en la suma de los mensajes. Diría, pues, que no se trata sólo de la eficacia de un relato o de un género particular lo que convoca la adhesión de las audiencias, sino más bien ciertas resonancias de esos relatos que evocan y convocan lo conocido, lo ya visto, lo que pertenece al orden de la *repetición*. Orden que pretende asegurar la permanencia y continuidad –aunque efímera– de los lazos sociales. Es más la entrega a la contemplación que el acto de comprensión lo que se pone en juego, lo que se exagera con las nuevas tecnologías.

La sociedad íntima de fines de siglo, como moral y como proyecto político, alcanza, pues, a través de los enclaves domésticos de las culturas audiovisuales, nuevas modalidades de expansión. Una expansión paradójica, si se quiere, en la que la apertura y el contacto se realizan a partir del encierro, en la que la imagen pública desplaza al espacio público y, la casa, recinto habitado por un mundo virtual, empieza a constituirse en lugar de reunión a distancia. "Ahora los objetos me perciben", recuerda Paul Virilio que escribía el pintor Paul Klee en sus *Diarios*.¹³ Este enigma ya está en marcha, pero pertenece a otra fase de la historia de las tecnologías de la visión: es un universo entero el que se desdobra y un nuevo sujeto el que se proyecta en el horizonte.

¹³ Paul Virilio, *La máquina de visión*. Editorial Cátedra, Madrid, 1989, p.77.